

¿Pueden originar los derechos humanos el conflicto?

MIGUEL ESCUDERO *

“A

s sorprendente la
quello que encuentro
tal como lo
encuentro” es la
definición que

Marías ha ofrecido de la realidad, una fórmula fácil de reconocer y de recordar. Es evidente que interesa sacar partido de toda realidad, por deficiente que sea, y “hacerle dar el máximo de sus posibilidades”, tal y como el propio filósofo ha postulado de manera incansable. Por eso, para que nuestra realidad sea lo más rica posible, necesitamos integrar eficazmente ángulos de visión y perspectivas nuevas que amplíen nuestra experiencia, multipliquen nuestras vivencias y ahonden su comprensión, y hacerlo en continuidad y con sosiego, sin prisas ni esnobismos.

Bien radicados en nosotros mismos, estamos en las mejores condiciones para salir de excusión vital a conocer realidades personales (o es más bien, a tratar a las personas como tales), algo que implica estar presente a las realidades ajenas y, en la medida de lo posible, hacérselas propias. En tanto personas que somos, no nos pertenece la inamovible identidad, sino el quehacer

y una continua transformación, producto de su absorción. Nuestro destino concreto es la captura de nuestro yo desconocido en cada circunstancia.

En medio de esta vorágine, se trataría de ser el hombre que está, pero que llega, se va y vuelve, a diferencia del extranjero que según Ortega es “el hombre que no está, sino que llega y se va”. Se trataría de no ser el turista buscador de la superficie, alguien que no vive en casa ni gusta de hacerlo, que da la espalda a la intrahistoria, que no toma posesión de lo que acontece personalmente a su alrededor y a quien, por si fuera poco, se le dirige de modo convencional e interesado.

Ciertamente, andamos por la vida envueltos en innumerables estímulos y con informaciones innecesarias, las cuales nos saturan y desbordan nuestro tiempo. Lo importante es configurar todo lo que nos implica de veras y hacerlo con un sentido que aspire a la plenitud. En sus bellas páginas dedicadas a la ‘Imagen de la India’, Julián Marías escribe: “La escasa información significa ignorancia, pero no error. Las noticias que no llegan a producir comprensión, engendran una imagen deformada de

* Profesor titular de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Barcelona.

aquellos a que se refieren, desplazan el desconocimiento abierto con una imagen falsa, que luego cuesta mucho trabajo desechar y superar. Es este uno de los males de nuestro tiempo: los pueblos saben mucho más que antes unos de los otros, pero casi todo lo que saben es falso e inexacto, y en vez de estar en relativa ignorancia están instalados en errores. Incluso en el caso favorable de que los elementos que se conocen sean ciertos, si no se tiene intuición directa de la realidad en cuestión, no pueden componer una figura acertada". Por ahí topamos con un nuevo y viejo fraude, consentido y no denunciable ante un tribunal de la justicia.

Así, sin más, hay gentes que tienen automáticamente buena o mala prensa. Por eso, nosotros, apremiados como estamos para atacar o defender lo que sea y a quien sea sin un saber suficiente, nos corresponde liberarnos de tales sujeciones. Necesitamos pensar para no quedar reducidos.

Por ejemplo, si hablamos de Europa, nos encontramos con que en su interior, por de pronto, rige una seria desfiguración de su propia realidad plural. Se viaja como nunca, pero parece que nos quedamos en la piel de la cámara digital. "Lo más grave de todo —observaba Marías hace medio siglo— es la falta de auténtico interés de unos pueblos por otros, la incapacidad de oír a los demás; la propensión, cuando por azar se está escuchando, a reducir la voz ajena a lo ya familiar y conocido". Pero está pasa con todo, el sentido común es la cosa mejor repartida del mundo, porque nadie quiere tener más del que tiene...

En aquellas páginas, Julián Marías también advertía del problema de la integración del mundo histórico, de la decisiva importancia de aclarar el sentido histórico de Occidente. De nuevo, fijándonos en la cuna europea, recalcaaba que Europa más que un sustantivo es un verbo "europeizar". Por otra parte, y en rigor, Europa

—decía el filósofo alción— "es un sistema de marcas, que no son tanto los

lugares en que los países terminan como aquellos en que se encuentran". Una observación que merece reflexión, lo único que podemos hacer para no estar en la inopia.

Hablábamos de la buena y de la mala prensa como pantalla que se nos impone con fuerza. Hace ya mucho tiempo, Julián Marías aludía a que el titular de la buena prensa, a pesar de sus valores, no es tomado en serio. Con conocimiento de causa, decía cáustico que acaso esa buena prensa, que elogia sin discusión previa, "hace de la aptitud que su titular tiene para hacerse perdonar sus calidades y su fama". De este modo, conviene gente con tremenda erudición, virtuosismo, enorme competencia en algo de lo que nadie entiende, porque se ensalza a un tipo "casi siempre inofensivo y simpático", el monstruo, "cuya admiración exime a muchos de sentirlo hacia otros que afectan más honda y personalmente a cada uno". En otras palabras: "Cuando un escritor, intelectual o artista tiene buena prensa, se advierte que ha faltado —o al menos ha sido mínimo— el forcejeo y regateo que son esenciales en la constitución de toda fama y estimación colectiva, pues la sociedad se defiende siempre de las pretensiones individuales y, con mayor o menor acierto, así los pone a prueba". El resultado lamentable, en el caso de los intelectuales desasistidos, es que su lector haga ingresar lo leído en el marco de lo que ya tiene en la cabeza, y que en efecto, no vea más que eso. No se puede así levantar el vuelo en espiral, condenándonos a repetir lo mismo y en las mismas dimensiones.

Marías hablaba de la conveniencia del contagio intelectual, el cual tiene sus requisitos: "sólo se produce en la cercanía personal o cuando hay una comunidad de supuestos. El contacto con un maestro lejano podrá ser fecundo; es inverosímil que por mera lectura una doctrina originada en un ámbito muy distinto provoque más que un mimetismo, eso que los franceses llaman singer. Por eso el mundo se ha llenado en 30 años de monos de Freud, Heidegger o Sartre;

y los monos saltan de rama en rama, pero no van a ninguna parte”.

El siguiente párrafo de Julián Marías sintetiza la actitud liberadora a que todo ciudadano debería llegar: “El pensamiento siempre matiza y distingue; siempre ve

—al revés que la política— el otro lado de la cuestión; en lugar de petrificarse en fórmulas, pasa a través de ellas, si las conserva es modificándolas, renovándolas, haciéndolas vivir; sobre todo, poniéndolas perpetuamente en cuestión”. Sin embargo, al conocimiento de la opinión pública llegan con más fuerza y frecuencia otros ecos, impulsados por el escándalo; en particular, de los fraudes. La adecuada atención a estos casos no debería empañar nuestra visión (vía corazón) de la cita anterior, sino al contrario.

El autor de uno de los últimos fraudes científicos destapados en público es un médico noruego, profesor de universidad, unos 44 años de edad, un destacado especialista en cáncer bucal; en los últimos diez años ha publicado casi 40 artículos científicos. Ahora, su carrera profesional se ha ido al traste, haciéndose añicos por causa de sus trampas. El pasado mes de octubre una prestigiosa revista británica de medicina publicó un trabajo suyo. Casualmente, alguien con influencia cayó en la cuenta de una falsedad y tuvo interés y tiempo en proseguir indagando el conjunto de esas páginas. Al autor no le quedó más remedio que confesar en enero su invención o manipulación de datos, así basó su ‘estudio’ en los expedientes de más de 900 pacientes ficticios; de forma burda y sin ápice de imaginación, más de la cuarta parte tenían la misma fecha de nacimiento. Cesó en su cargo en la facultad de medicina de Oslo, pero aún ha seguido ejerciendo en un hospital, de donde hace poco ha sido despedido. Leo que una comisión independiente, presidida por un profesor de Suecia, ha analizado su caso y algunos de sus últimos artículos. Parece ser que su tesis doctoral va a quedar invalidada, y al médico mentiroso se le degradará

ejemplarmente, arrancándole los galones de doctor. La institución científica se ha pronunciado, pues, de forma contundente ante esta muestra de ciencia marchita.

Son hechos deplorables, sólo nos faltaría tener que perder la fe en la ciencia o la confianza en su rigor y limpieza. En todo caso, bien sabemos que no hay que ser beato, y que todo se ha de mirar con lupa, escépticamente. Sin embargo nos hace falta autoridad intelectual; no podemos vivir sin autoridad, esto es, sin nadie que pueda incrementar nuestra realidad. ¿Cómo recuperarla cuando esta se diluye? Creo que es preciso renunciar a las apariencias, afirmando una actitud de rigor y sencillez, una exigencia total de verdad. Estas condiciones son necesarias para ‘llegar’ al pensamiento, tan escaso hoy día y clave de la libertad humana. ¿Por qué hay científicos o intelectuales capaces de echar por la borda su dignidad y su limpieza, no las tuvieron con aprecio algún día? ¿A dónde conduce el delirio de grandeza o el afán de poder? Para disponer de tiempo y calma para pensar hay que salir menos en las fotos de actos sociales y sentir una suerte de desprecio hacia todas esas salsas, hacer una especie de voto de pobreza, de humildad y de obediencia a la verdad. No es fácil, pero no hay más remedio para ser quien se es y se quiere ser, alguien que aspira a mirar, atento, despierto, abierto, no sólo un lado de la cuestión sino todos los lados, siempre el otro lado.